

**LOS SITUACIONISTAS
Y LA ANARQUÍA**

Miguel Amorós

Los situacionistas y la anarquía

1ra ed., Rosario, Lazo Negro, 2019

244 p., 206×145 mm

ISBN 978-987-46966-5-6

Edición original:

Muturreko Burutazioak. Bilbao, Euskal Herria, agosto 2012.

ISBN: 978-84-92559-24-4

Primera edición (corregida del original): julio de 2019

Lazo Negro Ediciones

Rosario, Argentina

lazo.ediciones@riseup.net - www.lazoediciones.tumblr.com

**LOS SITUACIONISTAS
Y LA ANARQUÍA**

MIGUEL AMORÓS



LOS REVOLUCIONARIOS SITUACIONISTAS

Repaso sucinto de la historia de la IS escrito a partir de las notas para las charlas de 2005 en el Ateneu Barcelonès y el Ateneu Cultural El Panical, de Alcoi.

Yo conocí los escritos de la Internacional Situacionista en 1972, cuando su ciclo se cerraba y el mío en la Universidad de Valencia también. El folleto *De la miseria en el medio estudiantil* era lo más radical que había leído desde la epístola de Agustín García Calvo *De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil*. Aquello era pensamiento ligado a la acción, y esta acción tenía por objeto nada menos que abolir la Universidad, el sagrado templo del saber separado, en el marco de un proyecto revolucionario más amplio, que perseguía el fin del capitalismo y de la sociedad de clases. El estilo marxista–hegeliano confería a los análisis una solidez teórica ausente en el medio anarquista, pero lejos de refutar las finalidades y tácticas libertarias, las confirmaba. Se podía decir que superaba la oposición entre marxismo y anarquismo sin acabar en una confusa amalgama de ambos, tal como hacia por ejemplo el justamente olvidado Rubel. Intenté aplicarlo en la medida de mis posibilidades en uno de esos grupos circunstanciales, de un solo curso, al que llamaban Barricada. La crítica situacionista se me aparecía como hecha para practicarse,

no para contemplarse; alejada de la praxis perdía todo su valor. Se convertía en objeto de snobs, se estetizaba, se museificaba. Le pasaba como a los cuadros colgados de la pared: cualquiera podía opinar de ellos sin que la cosa tuviese trascendencia. Ahora que la IS es objeto de sesudos estudios universitarios hechos por profesores o por aprendices de historia o sociología, comprendemos la ironía de las derrotas históricas: el destino de las revoluciones fallidas son los anaqueles universitarios donde se amontonan las tesis doctorales y los museos donde los restos de sus obras se contemplan como cuadros. Ironía por partida doble, puesto que la revuelta de Mayo del 68 tenía como aperitivo el fin de la Universidad, no digamos ya el de los museos. La sociedad del espectáculo procesa los alimentos espirituales de esta forma, a fin de digerir aquellas ideas que en otro tiempo la mantuvieron en vilo. Ideas y hechos son separados radicalmente por especialistas en la materia, para poder hacer con unas y con otros lo que venga en gana, concluyendo inevitablemente que las ideas ya no sirven y los hechos no son repetibles, pues el mundo ha cambiado y las cosas ya no son lo que eran. Yo sostengo la tesis contraria: la sociedad es todavía lo que ha sido, y aún peor, por lo que las ideas que pudieron subvertirla en el pasado siguen activas y contienen elementos más que suficientes para subvertirla de nuevo. Sólo hay que saber usarlas. La letra podrá mejorarse, pero el espíritu de la IS, su voluntad subversiva, es irrecuperable. Sus enemigos, el Capital y el Estado —Agustín G. C. decía que ambos eran lo mismo— no pueden servirse de él.

El nervio situacionista proviene de las antiguas vanguardias de posguerra (especialmente del Movimiento Letrista) que tomaron conciencia del carácter disolvente y revolucionario de la creación artística, y que trataron de conjugar la crítica de la estética burguesa con la revuelta contra los valores de la economía de mercado. No olvidemos la parte pionera que en todo ello corresponde al Surrealismo. La revista *Potlach* afirmaba seriamente que los letristas «trabajamos en el establecimiento consciente y colectivo de una nueva civilización», misión que exigía «el trastorno definitivo de la estética y de todo comportamiento». Constataban éstos el fracaso del arte en la renovación cultural y política, y, negando su función positiva, propugnaban la

experimentación de un arte total que sirviera para modificar las conductas y reconstruir integralmente la vida de acuerdo con los deseos creativos. La Internacional Letrista constituye pues el prólogo de la IS. El lettrismo no era una escuela, sino un modo de vida, y proponía una manera peculiar de «saber vivir»: la unificación de la creación con la crítica revolucionaria. La creación era fundamental para la transformación social y suponía en primer lugar la superación del objeto y la abolición del arte. Creación quería decir creación global de la existencia, no mierda de artista, y el método lettrista buscaba la reunificación del espacio social dividido por medio de un «urbanismo influyente». La transformación social sería completa con la transformación del espacio-tiempo de la vida cotidiana según las pasiones emergidas, obtenida gracias a la «desviación» de medios artísticos convencionales para la «construcción de situaciones», es decir, para la construcción deliberada de nuevos ambientes «que sean producto e instrumento de nuevos comportamientos». Las pasiones que cambiarían el mundo saldrían de la vida cotidiana activada por una construcción superior del medio, y no como decían los surrealistas, del inconsciente. El arte quedaba visto para sentencia: «las artes del futuro serán trastornos de situaciones o nada».

La Internacional Situacionista se creó en 1957 sobre la necesidad de un programa revolucionario en la cultura. Debord definió su tarea como «un trabajo colectivo organizado que tienda a un empleo unitario de todos los medios de subversión de la vida cotidiana», oponiendo al modelo capitalista «otros modos de vida deseables» (*Informe sobre la construcción de situaciones*). La finalidad era el asalto a la cultura y la instauración del comunismo, que para Asger Jorn no era más que «la obra de arte transformada en totalidad de la vida cotidiana» (*Crítica de la economía política*). La IS pretendía la supresión del arte alienado en un mundo que prohibía la creación de la propia vida, colocándolo en la perspectiva de la construcción directa de nuevos ambientes. No hay arte situacionista, «la situación es lo contrario a la obra de arte». Tampoco tiene que ver con el teatro callejero, el happening o la feria. Se trata más bien de un proyecto de agitación política, preludio de la revolución, que perseguía enfurecer a los proletarios mostrándoles el

contraste entre una vida posible y la miseria presente. La idea situacionista de *proletario* podía expresarse así: proletario es aquél que no tiene posibilidad alguna de modificar el espacio y el tiempo sociales, sino tan sólo de consumirlo de una determinada manera definida por los dirigentes. La clase se definía en función de la expropiación de la decisión en lo relativo a la vida, y no solo al trabajo. La IS clamaba por la reinención de la revolución social y la autorrealización del proletariado a través de la transformación integral de la vida cotidiana, o sea, a través de una auténtica revolución cultural. Nada que no se hubiera dicho en el periodo letrista. Pero la revolución cultural no servía sin la revolución social, y, al contrario, ésta no valía sin la revolución cultural. Ambas debían ir juntas: «cuando las masas intervienen bruscamente para hacer historia descubriendo de este modo su acción como experiencia directa y como fiesta, emprenden entonces una construcción consciente y colectiva de la vida cotidiana» (Debord y Canjuers, *Preliminares por una definición de la unidad del programa revolucionario*). La reconstrucción libre de todos los momentos de la vida —la revolución— requeriría una organización nueva, que no podía ser una vanguardia cultural, y mucho menos un partido o un sindicato, mecanismos orgánicos de integración.

La Conferencia de Goteborg en agosto de 1961 constituye un punto de inflexión en la marcha de la IS: a partir de ella ésta se deshace de su lastre artístico y pasa a considerarse una organización revolucionaria. La crítica de la cultura se prolonga en crítica de la política y la revolución de la vida cotidiana se concreta como poder absoluto de los Consejos Obreros. Queda toda una teoría revolucionaria por formular de forma coherente, claro está, ligada a la práctica vital, que explique las luchas sociales de la época y vaya por delante. A ella consagrará la IS sus esfuerzos. Esa radicalización de su estrategia impedía cualquier veleidad artística, siquiera negativa, puesto que partía del abandono definitivo de la esfera de la cultura. Convencidos de la inexistencia de un área cultural autónoma desde donde emprender una acción revolucionaria, los situacionistas se plantearán llevar a cabo un intenso trabajo teórico inspirado en Hegel, Marx, Lukacs y Korsch, que rechazaba expresamente la concepción leninista, trabajo que pronto

dará sus frutos como «pensamiento del derrumbe del mundo». Su terreno de aplicación pasó a ser directamente el de la lucha de clases. La profundización de temas como la alienación y el fetichismo de la mercancía, dará lugar a conceptos clave como ideología, miseria, separación, espectáculo, subjetividad radical o supervivencia, con los que su crítica y su mensaje se harán dialécticos y superarán con creces los dogmas revolucionaristas, formas cosificadas del pensamiento a través de las que se manifestaba la falsa conciencia de las clases subalternas. Entre 1962 y 1967, la IS elabora un nuevo lenguaje revolucionario, el más idóneo para comprender la época y poder transformarla. Un lenguaje coherente para desenmascarar al Poder y a sus servidores que critica la burocracia y la ideología, que habla del fin de la mercancía y del trabajo asalariado, de la descolonización de la vida cotidiana y de la abolición de las clases, del proletariado como sujeto revolucionario, de la autogestión generalizada y del poder internacional de los Consejos Obreros. Un lenguaje palanca, al que le falta un punto de apoyo para mover el viejo mundo. Y este le fue proporcionado por el escándalo de Estrasburgo, donde la contestación radical de las estructuras académicas y del sindicalismo estudiantil pilló de sorpresa al orden establecido.

En julio de 1966, la Conferencia de París dotaba a la IS de una nueva plataforma organizativa, la *Definición mínima de organización revolucionaria*. Al año siguiente los análisis situacionistas ya eran bastante conocidos por las minorías activas que pugnaban por el hundimiento de la dominación. Los situacionistas eran entonces casi los únicos que aludían al «segundo asalto del proletariado contra la sociedad de clases» como perspectiva realista en la que inscribir su actividad. Las huelgas salvajes de los trabajadores y la descomposición acelerada de la universidad eran signos anunciadores de la insurrección que se aproximaba. La teoría se volvía cada vez más práctica. Pronto las armas de la crítica cederían el sitio a la crítica de las armas. Los escasos efectivos de la IS la impelían a buscar aliados en cualquier parte con los que poder avanzar en esa dirección. Así encontraron a los enragés, una banda constituida por irregulares —parte de los cuales eran estudiantes de Nanterre— empeñada en demoler la universidad

impidiendo con originales métodos la normalidad de la vida académica. Su nombre era un homenaje a Jacques Roux, el mayor extremista de la Revolución Francesa. La ocupación del edificio administrativo de aquella universidad, el 22 de marzo de 1968, desencadenó un proceso que, de un enfrentamiento en otro con la policía, condujo a “la noche de las barricadas” del 10 de mayo. Tres días después nacía el Comité enragés – Internationale Situationniste en la sala “Jules Bonnot” de la Sorbona ocupada. Riesel, uno de los enragés, fue elegido delegado del Comité de Ocupación, desde donde llamó a la ocupación de las fábricas y a la creación de consejos obreros. La coincidencia en el tiempo de la radicalización de minorías estudiantiles desclasadas con el proceso autónomo de radicalización en las fábricas fue asombrosa. Diez millones de trabajadores se pusieron en movimiento al margen de los partidos y sindicatos que decían representarles en lo que se conoce como la mayor huelga salvaje de la historia. Los situacionistas se sumergirán de lleno en el movimiento y ocuparán el Instituto Nacional de Pedagogía, donde formarán con los enragés y simpatizantes un Consejo por el Mantenimiento de las Ocupaciones. Por unos días el Poder caminó por el filo de la navaja ante la irresolución de los trabajadores, que no se decidían a derrocarlo. A finales de mayo se produjo la contraofensiva, primero sindical, y luego, una vez lograda la desmovilización, represiva. El CMDO se disolvió el 15 de junio, agotada cualquier posibilidad de movilización.

El Poder va a renovarse rapidísimamente, mientras la crítica situacionista continúa con su labor de zapa. Dos importantes textos, el libro *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones* y el artículo cabecera del nº 12 de la revista *Internationale situationniste, El comienzo de una nueva época*, darán testimonio de la acción histórica de los situacionistas, pero tras ellos su práctica empezó a diluirse. La Conferencia de Venecia, tenida en octubre de 1972, puso de manifiesto una euforia que no se tradujo en ganancia de capacidad subversiva. Desde el exterior, un folleto aparecido en agosto de 1971 llamaba a comenzar de nuevo: «La IS tiene razón, una época ha pasado, quizás todo el siglo XX (...) Tengo la convicción de que la distancia práctica y teórica establecida en los últimos diez años entre la Primera

Internacional y la Internacional Situacionista es la que queda por establecer entre la Internacional Situacionista y lo que falta por hacer» (Bartolomé Béhouir, *De la conserjería internacional de los situacionistas*). Para ese trabajo la IS salida de Mayo no estaba preparada y tras un tenso periodo de exclusiones y abandonos —la dimisión de Vaneigem fue crucial— la tendencia de Debord tomó la arriesgada decisión de poner punto final a su trayectoria. Puede que el modelo vanguardista tocara a su fin como forma orgánica de la conciencia histórica. Un nuevo modelo debía nacer desde la moderna lucha de clases, pero en los ochenta el protagonista indiscutible de la misma, la clase obrera, optó por detenerse ante las pequeñeces logradas y la pesadilla del desempleo. La represión y la renovación capitalista hicieron el resto. A la detención del proceso revolucionario debemos el que la crítica situacionista esté hoy en boca de impostores y estetas reaccionarios, y el que la cultura oficial adopte una pose comprensiva cada vez que rememora la efemérides de Mayo. Bajo ese asfalto está su playa, no la de los rebeldes. Y la humanidad sigue sin ser feliz, puesto que ningún burócrata fue colgado de las tripas de ningún capitalista.

Miguel Amorós

LOS SITUACIONISTAS Y MAYO DEL 68

Elaborado para la editorial La Linterna Sorda, 30 de julio de 2017.

Mayo del 68 fue el mayor estallido de masas habido en Francia a lo largo de su historia y la huelga general salvaje más importante del movimiento obrero europeo desde la Segunda Guerra Mundial. En ninguna otra parte el rechazo del nuevo modelo de vida consumista fue más profundo, ni tan ligado a la lucha de clases. Su impacto alcanzó a todas las categorías sociales, a todos los sectores asalariados, a todas las regiones y a todas las ciudades francesas, prolongándose durante años. Toda una literatura de agitación y una larga sucesión de conflictos antiautoritarios están ahí para atestiguarlo. Tuvo repercusión en todos los países capitalistas desarrollados o en vías de desarrollo, y, a juzgar por la prisa que se dieron los gobernantes en poner en marcha servicios de información dedicados a vigilar las nuevas formas de subversión, y asimismo, por los repetidos intentos de reducción, ocultación y asimilación por parte de sociólogos, historiadores, militantes de la izquierda ciudadana y demás exegetas del orden, su influencia todavía hoy perdura. No obstante, la persistencia en la memoria fue su única gran victoria; la sociedad actual no es hija suya, sino fruto de la derrota de la clase obrera, del crecimiento desmesurado del

Estado y del esfuerzo recuperador de una generación completa de intelectuales universitarios. Una miríada de intérpretes han tratado de fijar una historia oficial de los “sucesos de Mayo”, manipulando y deformando el material histórico, cuando no inventándolo *ex nihilo*, puesto que el clima intelectual de la dominación exige contraverdades que funcionen en las condiciones variables del estatismo y la globalización. Para acceder a la historia original tendría que procederse de diferente manera, leyendo los textos de quienes formaron parte del movimiento y supieron expresar mejor que nadie su naturaleza y sus aspiraciones. En esto los escritos situacionistas destacan por encima de los demás. Proporcionan con mayor exactitud que otros las claves de la revuelta de Mayo, o como los mismos “situs” la llamaron, del “movimiento de las ocupaciones”.

Para la mayoría de los observadores, izquierdistas y anarquistas patentados incluidos, Mayo del 68 fue un hecho totalmente imprevisto, espontáneo, prácticamente inesperado. El capitalismo había superado los aspectos más destructivos de sus crisis, la economía marchaba a las mil maravillas y los tratos de los dirigentes patronales con la burocracia sindical, a menudo alentados desde los parlamentos por los jefes de partido, aseguraban una supervivencia cómoda para la mayoría de la población asalariada. Sus hijos empezaban a pisar las universidades. La cuestión social no se planteaba en términos revolucionarios desde la contrarrevolución bolchevique y el fracaso de la revolución española. La lucha de los trabajadores por su emancipación del capital tropezaba con las barreras de la vida alienada, y más aún con las burocracias obre-ristas, expertas en desactivarlas. Parecía que la clase obrera viviera en un mundo feliz, encerrada en sus quehaceres cotidianos, alegremente representada por ejecutivos políticos y sindicales y abundantemente equipada con toda clase de objetos. Sin embargo, nada resultó más previsible para los situacionistas que aquella revuelta, aquel rechazo del reino de la mercancía propugnado de forma contundente en sus publicaciones. Habían calculado la llegada de una época de disturbios, aunque, por supuesto, sin fijar fecha precisa. Había signos precursores que la anunciaban, bien claros para quien supiera leerlos. Los militantes del izquierdismo, abducidos por la China maoista, por la imagen

mirífica del Octubre rojo, por el pasado mistificado de la CNT, o por el espejismo de la guerrilla, no sabían.

En los años que precedieron a 1968 hubo una agitación considerable en el seno de la clase obrera francesa, que, rebasando el marco establecido de la negociación laboral, salió a la calle. Los dirigentes sindicales se vieron desbordados por los obreros, que desobedecían sus consignas y se enfrentaban con la policía, a veces apoyados por los estudiantes. Se vislumbraba en el cambio de actitud de los trabajadores de las fábricas, oficinas, astilleros y minas, la descomposición de la burocracia comunistoide. Además, en el rechazo de la modernización capitalista se intuía una crítica de la vida sometida a los imperativos de la producción y el consumo. No es que los obreros se hubieran vuelto dialécticos leyendo a la Internacional Situacionista, cosa improbable, sino que las ideas situacionistas flotaban en la atmósfera de confrontación latente que se respiraba y eran captadas con bastante precisión. Los “situs” únicamente habían tratado de relacionar unas con otras dentro de una crítica coherente y total de la realidad que empezaba a ser asombrosamente comunicable. En realidad, el regreso del concepto de revolución no podía circunscribirse a Francia. Procesos similares provocaban algaradas violentas tanto en el Este como en el Oeste. En Estados Unidos, con el Free Speech Movement, la lucha por los derechos civiles y la protesta contra la guerra del Vietnam; en Europa, con luchas antiburocráticas, tumultos estudiantiles y conflictos obreros en diversos países (especialmente en España); también en Japón y México, etc. No obstante, precisamente en Francia se daban, mejor que en ninguna otra parte, las condiciones idóneas para el encuentro entre las armas de la crítica y la crítica de las armas, la coyuntura histórica que podía unificar la toma de conciencia de los individuos con la acción conjunta de la clase. En Francia pues, el movimiento obrero cruzó el umbral para darse de bruces con sus auténticos objetivos y embarcarse en una lucha radical, criticando en actos la vida alienada, la jerarquía, el capitalismo, la religión ideológica y el Estado. ¿Cuál fue concretamente el papel de la IS en todo aquello?

La Internacional Situacionista se fundó con el objetivo de formular un programa revolucionario en el ámbito de la cultura. La revolu-

ción cultural, entendida como subversión de la vida cotidiana bajo el capitalismo, era el complemento creativo de la revolución social. Al convencerse de la imposibilidad de una autonomía cualquiera en la esfera artística y cultural, abandonará su experimentalismo anterior y se dedicará al trabajo teórico según las pautas del método marxista–hegeliano, buscando su aplicación en el terreno de la lucha de clases. Desde entonces dejará de considerarse una vanguardia artística y pasará a definirse como una organización revolucionaria. Su labor fue casi confidencial, subterránea, de corta irradiación, envuelta en una espesa oscuridad. No había pasado desapercibida, pero los clérigos de la intelectualidad preferían piratearla y al mismo tiempo silenciarla, procedimiento característico que un ruidoso escándalo cortó en seco. A finales de 1966, en Estrasburgo, los fondos de la sección local del sindicato estudiantil UNEF, en manos de simpatizantes legítimamente elegidos, fueron empleados en la confección de un folleto estrepitosamente crítico que realizaba una radiografía cruel y exacta del mundillo universitario, a la vez que un análisis situacionista de la sociedad de clases moderna. El título no podía ser más explícito: *De la Miseria en el medio estudiantil en sus aspectos económico, político, psicológico, sexual y particularmente intelectual, y de los medios para remediarla*. La oleada de indignación que despertó en la prensa burguesa y católica, en las autoridades docentes, burócratas universitarios y políticos estalinistas, no hizo más que aumentar cuando la sección local del sindicato, responsable de la edición, denunció la impostura del sindicalismo estudiantil y propuso la disolución de la UNEF. Las ediciones del folleto se multiplicaron, difundiéndose en poco tiempo por toda Francia. La popularidad repentina atrajo multitud de lectores en busca de los números atrasados de la revista *Internacional Situacionista*. La salida del nº 11 en octubre de 1967, junto con la publicación poco después de *La Sociedad del Espectáculo* y el *Tratado del saber vivir para uso de las nuevas generaciones*, la objetividad del pensamiento histórico y el punto de vista de la subjetividad radical respectivamente, colocaron en primera línea el corpus teórico de los situacionistas. La celebridad vino de repente y traspasó fronteras. De pronto, centenares de per-

sonas tomaban en serio un proyecto de subversión que en cualquier otra ocasión hubieran considerado irreal y atrabiliario.

Entre tanto, subía la marea. En un lugar eran los obreros, que se coordinaban al margen de los sindicatos, ignoraban las reivindicaciones habituales, saqueaban almacenes y organizaban huelgas generales. En otro lugar eran los estudiantes, quienes cuestionaban los reglamentos de las residencias, cerraban oficinas de ayuda psicológica, enarbolaban banderas rojas y negras, y ocupaban rectorados y juzgados. En la universidad progresista de Nanterre se había constituido a principios del 68 un grupo llamado los enragés (furiosos), como los extremistas de la Revolución Francesa, que se distanciaba bastante de los consabidos izquierdistas, no pretendiendo otra cosa que acabar con el sistema universitario mediante el sabotaje continuo de su funcionamiento. Distribuían ingeniosas hojas volanderas en las aulas que los antiguos miembros de la fallida Internacional Anarquista, la mayoría ilustradores, confeccionaban en sus ratos libres; insultaban a los profesores y componían canciones; y finalmente, pintaban frases provocadoras en las paredes. Un estilo de agitación que infringía y ridiculizaba las normas propagandistas grupusculares, y que era del agrado de los situacionistas, que rápidamente entraron en contacto, pero no así del diario comunista *L'Humanité*, que en el número del 29 de marzo denunciaba públicamente las “acciones comando” de un enigmático grupo de anarquistas y “situacionistas”. La acción de no más de cuarenta personas forzó el cierre de la universidad y la instrucción de expediente a un puñado de agitadores, desencadenando una serie de protestas de fatales consecuencias para el orden. El 3 de mayo empezó el baile con el levantamiento del Barrio Latino. El día 6 se construyeron las primeras barricadas con adoquines y automóviles volcados. Las escaramuzas callejeras continuaron durante los días siguientes, tanto como los incendios de vehículos y los saqueos de tiendas. Se detectaba la presencia de obreros, estudiantes de instituto y pandilleros de las afueras, que acudían gozosos a la refriega. Iría en aumento hasta superar a los estudiantes en número. El día 10 por la noche, fracasadas todas las maniobras dilatorias de los nuevos líderes y de las viejas organizaciones, se levantaron más de sesenta

barricadas. Las “vanguardias” izquierdistas se esfumaron. Muchos jóvenes enarbolaban banderas negras. Los enfrentamientos violentos con la policía cobraron tal magnitud que hubo centenares de arrestos y heridos. A la mañana siguiente los sindicatos, que hasta entonces habían condenado el movimiento, llamaron a la huelga general a fin de que ésta no se declarara sin su consentimiento y sin su tutela. El gobierno francés quiso contemporizar y retiró la fuerza pública del Barrio Latino, facilitando de este modo la ocupación de La Sorbona. El día 13, al acabar una manifestación de un millón de personas, una Sorbona abierta se convirtió en un escenario de democracia asamblearia, donde todas las cuestiones tenían que ser debatidas. Esa misma tarde el *detournement* de la frase del cura Meslier, «la humanidad no será feliz hasta el día en que el último burócrata cuelgue de las tripas del último capitalista», apareció en uno de los grandes frescos de las paredes, hecho que fue motivo de escándalo. Las pintadas espontáneas que tanto llamaron la atención al mundo hicieron su aparición. El 14 se fundaría el Comité enragés-IS, e inmediatamente se redactarían unos cuantos pasquines para colgar; uno previniendo contra la ilusión de una democracia directa circunscrita en las aulas, otro advirtiendo de la presencia de “recuperadores”; otro pronunciándose contra el arte y la “separación”; y finalmente otro sugiriendo la descristianización del lugar, que desató la ira de algún devoto presente. El mismo día tuvo lugar la primera asamblea general de los ocupantes.

Los izquierdistas maoistas y trotsquistas dominaban las asambleas con facilidad; eran especialistas en manipulación oratoria y podían neutralizar sin esfuerzo cualquier opinión crítica que no les conviniera. Los situacionistas, no más de cuatro, no eran oradores y dejaron por escrito sus conclusiones sobre los desarrollos posibles del movimiento en la circular *A los miembros de la IS, a los camaradas que están de acuerdo con nuestras tesis*: o el movimiento se agotaba, o sucumbía a la represión al no conseguir arrastrar a la clase obrera, o ¿se desencadenaba una revolución? Sus propuestas fueron defendidas por un tribuno enragé: libertad de los detenidos (saqueadores incluidos), abolición del trabajo asalariado, de las clases, de la “supervivencia” y del “espectáculo”. Para éste, y para los situacionistas, la cuestión universitaria había sido

sobrepasada por los acontecimientos y el porvenir del movimiento radicaba en mantenerse en la lucha al lado de los trabajadores, a la vez que los manipuladores. Advertía de los intentos liquidadores de los estalinistas que no tardarían en producirse, concluyendo a favor del poder absoluto de los Consejos Obreros. Su intervención despertó sentimientos encontrados; no obstante, fue elegido miembro del Comité de Ocupación. Otras universidades fueron ocupadas siguiendo el ejemplo de la Sorbona, en París y en provincias. El Comité fue mal recibido por los izquierdistas, que lo volvieron inoperante al montar en paralelo diversos comités que se hacían cargo de las necesidades ocupacionales: la defensa, la logística, la distribución de las salas, la prensa, el servicio de orden, etc. Un Comité de Coordinación no elegido se impuso en la asamblea como auxiliar de un Comité de Ocupación sin ninguna capacidad para actuar, ante lo cual el delegado enragé denunció el bloqueo de los burócratas y logró que éstos dieran marcha atrás. El 16 por la mañana, haciéndose eco de las huelgas simultáneas de trabajadores, el Comité de Ocupación llamó «a la ocupación inmediata de todas las fábricas de Francia y a la formación de Consejos Obreros». Careciendo del menor medio para difundir el llamamiento hubo que reunir un número apreciable de revolucionarios para hacerse con imprentas, altavoces y teléfonos. Numerosos voluntarios lo leyeron en los paraninfos de las otras facultades y lo comunicaron a las agencias de prensa y a la radio. El caso es que, contra todo pronóstico burocrático, fue escuchado por los obreros, y la ocupación salvaje, aprobada en asambleas. Por la tarde, desoyendo las órdenes de sus representantes sindicales, la clase obrera de Francia se pronunciaba a favor del movimiento. Al comunicado siguió una serie de panfletos, proclamando la soberanía de la asamblea, denunciando la censura de los manipuladores y proponiendo consignas: «Fin de la Universidad», «Abajo la economía espectacular de mercado», «El poder a los Consejos Obreros», etc. Luego vinieron los telegramas de solidaridad con los obreros. El contraataque de los izquierdistas, especialmente de los trotskistas de la FER, fue feroz. La similitud de intereses con los estalinistas de la UNEF, la CGT y el PCF, esforzados en impedir la confluencia entre estudiantes y obreros, fue perfecta.

En la asamblea general del 17 consiguieron impedir con artimañas los debates sobre de gestión del Comité de Ocupación, visto lo cual éste abandonaba la Sorbona seguido de sus partidarios. El nuevo Comité de Ocupación nunca sometió sus cargos a la asamblea, sino que suprimió ésta. Los burócratas habían ganado su batalla contra la autonomía, eliminando el primer ensayo de democracia directa.

Un grupo formado por enragés, situacionistas, ex miembros de la IA y simpatizantes del ex Comité de Ocupación, una cuarentena de personas en total, ocupó el Instituto Pedagógico Nacional de la calle Ulm y se puso manos a la obra, denominándose Consejo por el Mantenimiento de las Ocupaciones, CMDO. No era una organización consejista permanente, sino una respuesta inmediata a la situación de huelga general y ocupación de fábricas, así pues, algo coyuntural. Numerosos huelguistas, delegados de comités de acción y agitadores de provincias les fueron visitando, llegando a improvisar una eficaz red de difusión del material que elaboraban. Una bandera negra y otra roja presidían la fachada del edificio. El primer documento debatido en asamblea, publicado el 19 de mayo, fue un *Informe de la ocupación de la Sorbona*. El segundo, *Por el poder de los Consejos Obreros*, señalaba el punto central de la lucha que enfrentaba a los trabajadores contra las burocracias políticas y sindicales, y exponía tres salidas posibles de la crisis: el mantenimiento del gobierno gaullista apoyado por el PCF y la CGT a cambio de concesiones económicas; la formación de un gobierno “de izquierdas” mejor preparado para la desmovilización, y el triunfo del proletariado que llevaría a la formación de Consejos. El 26 de mayo los estalinistas, la patronal y el gobierno llegaron a un compromiso, conocido como “los acuerdos de Grenelle”, mediante el cual los obreros volvían al trabajo a cambio de una sustancial subida de salarios. Los obreros rehusaron ratificarlo y ante la actitud estalinista de espera, De Gaulle en un discurso a la nación dio a elegir entre unas elecciones próximas o una guerra civil. Al proletariado no le quedaba otra que aceptar los acuerdos de Grenelle o hacerse cargo de la economía y reconstruir libremente la vida social. O la derrota o la revolución de los Consejos. Demasiado tarde. Si entre el 16 y el 30 en una fábrica

importante los trabajadores hubieran expulsado a los burócratas de la asamblea, organizado su autodefensa y constituido un Consejo Obrero, otro gallo hubiese cantado. Hubiera bastado con llamar a otras fábricas, contactar con sus delegados y actuar al unísono. El movimiento de las ocupaciones se hubiera encaminado hacia la lucha final. Ese fue esencialmente el núcleo del *Mensaje a los trabajadores* del 30 de mayo, que firmaron conjuntamente el Comité enragés-IS y el CMDO. Aparte de los comunicados, de los que los tipógrafos en huelga tiraron a miles, el CMDO publicó una docena de carteles en blanco y negro bastante imitados en la posteridad, con los lemas «fin de la universidad», «ocupación de las fábricas», «¿Qué puede ahora el movimiento revolucionario? »Todo», falsas cartas de la patronal, más de cincuenta cómics y algunas canciones como la *Canción del CMDO*, calco de la *Canción del Sitio de Rochelle*, del estalinista Louis Aragon. En 1972 serían grabadas y publicadas en vinilo, con el título de *Para acabar con el trabajo. Canciones del proletariado revolucionario. Volumen 1*.

El poder estatal estuvo dos semanas de vacaciones. Tras el discurso de De Gaulle, la clase dominante se puso en marcha y los partidarios del orden salieron a la calle. La clase media conformista se sintió aliviada. La Francia reaccionaria se puso unánimemente en pie para sostener al Estado y la represión se ejerció sin cortapisas. Personajes de la derecha, cercanos al poder, estaban dispuestos a las ejecuciones. El 6 de junio los estalinistas consiguieron romper la unanimidad reinante entre los huelguistas al conseguir que los empleados de banca y los ferroviarios reemprendieran el trabajo. Los obreros de la factoría de Renault en Flins, que resistían las presiones de la CGT, fueron desalojados por los CRS, la policía antidisturbios, pero al poco reocuparon la fábrica. El CMDO denunciaba en su panfleto *¡Esto no ha terminado!* el papel de los estalinistas en el asunto. Poco a poco los sindicatos lograban que los obreros, cansados y desanimados, volvieran al trabajo, no sin producirse constantes manifestaciones y choques. El 13 de junio, el gobierno decretó la disolución de varias organizaciones izquierdistas. La Sorbona y demás edificios fueron recuperados por las fuerzas represivas del Estado. El 15 se disolvía el CMDO. El 18 de junio la

normalidad volvió a las últimas fábricas en huelga. El movimiento había terminado.

Cuando se deshizo el CMDO se presentía la proximidad de la represión. Cada cual abandonó el Instituto Pedagógico Nacional por su propia cuenta. La próxima cita sería en Bruselas. Más de una docena de irregulares llegó en tren, en coche o en autobús, incluso hubo quien hizo algunos tramos a pie. Allí se decidió prestar testimonio de lo hecho y de lo que faltaba por hacer. En las tres últimas semanas de julio colectivamente se escribió, repasó y corrigió el libro *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*. En una especie de memorandum que todavía hoy sigue siendo lo que mejor se ha escrito sobre la acción de los situacionistas en Mayo del 68, el punto culminante de su intervención en la historia. El libro, lleno de ilustraciones, fue prontamente publicado en Gallimard con un nombre de autor prestado, y tuvo un merecido éxito. La IS amplió sus filas con nuevos adherentes no especialmente dotados para la teoría, pero que habían demostrado sobrados méritos para la acción. En la prensa, antaño tan reacia, aparecía toda clase de especulaciones delirantes sobre la IS, estupideces flagrantes, comentarios desdeñosos, mentiras de todos los colores, etc., como para confeccionar un libro de la risa con todo. Los situacionistas estaban en la cresta de la ola, en la cúspide de la escala social revolucionaria, cosa que beneficiaba su audiencia, pero que también fomentaba cierta autocomplacencia y parálisis interna. Las tesis circulaban más o menos truncadas, mientras el grupo se repetía y no iba más allá de lo logrado. El nº 12 tardó un año en salir. El primer artículo, *El comienzo de una nueva época*, era toda una recapitulación.

El texto debutaba con una descripción del significado de la victoria de Mayo, la primera huelga general salvaje de la historia, la verificación de la teoría revolucionaria de nuestro tiempo e incluso por momentos su realización parcial, en fin, la mayor experiencia de un movimiento proletario moderno que surgía en todas partes. El carácter proletario del movimiento era especialmente subrayado, esforzándose en demostrar que nunca fue, salvo en los inicios, un movimiento estudiantil, por más que la radicalidad floreciese primero

en la universidad. En todo caso, fue un *hándicap* que el núcleo más avanzado del proletariado, inorganizado y violento, no pudiese tomar la palabra sino en el terreno de los estudiantes, en las barricadas del Barrio Latino, cuando los que estudiaban dejaron de ser mayoría. El movimiento de Mayo significaba el retorno del proletariado como “clase histórica”, su segundo asalto contra la sociedad de clases. Se creía estar haciendo historia y se presentía que nada sería como antes. Fue la crítica de todas las alienaciones, de todas las ideologías, de la mercancía, de la especialización, de los partidos... El rechazo del trabajo, del sacrificio, de la autoridad, de la burocracia, de la sociología, del Estado... La manifestación más amplia del deseo de diálogo, del gusto por la comunidad y la fiesta, de la liberación de costumbres... La afirmación de la mujer como protagonista de su vida. Si cabe reconocer un mérito a los situacionistas, este fue el de haber predicho y dicho con veracidad lo que iba a pasar y lo que estaba pasando. Habían sabido leer los signos anunciadores de una crisis que tenía poco de económica, y habían señalado los puntos donde tenía que apoyarse la palanca de la revuelta moderna. Lo importante ahora era señalar los errores y los puntos débiles del movimiento, que solo parcial y momentáneamente encontró su conciencia histórica. Faltó generalizar el diálogo, que no existió sino fragmentado, en el interior de asambleas separadas. Los burócratas sindicales lograron controlar una huelga salvaje que había resistido todas sus maniobras al aislar cada lugar de trabajo, impidiendo que elementos radicales del exterior traspasasen sus puertas. Los obreros no pudieron tomar la palabra directamente y hablar en su nombre, pues la mediación sindical siempre estuvo sobre aviso. Si los estalinistas habían dejado pasar la huelga de manera fraccionada, la liquidaron igual, de fracción en fracción. En su contra, no hubo coordinación directa que permitiera acuerdos generales, ni se formaron Consejos Obreros. Habiendo partido de muy abajo tras medio siglo de derrotas, sin conocer su pasado ni tener los fines claros, con todos sus enemigos bien pertrechados delante, el proletariado no podía superar la fase espontánea y dispersa. Su revuelta tenía muy pocas posibilidades de triunfar y los situacionistas no propagaron falsas esperanzas al respecto.

Los situacionistas no sólo insistieron en la voluntad revolucionaria de los trabajadores, aunque nunca dispusieran de medios para proclamarla públicamente, sino que no dudaron en calificar Mayo del 68 de revolución. Inacabada, incompleta, sin desplegar todo su contenido, sin proclamarse a los cuatro vientos, pero revolución al fin y al cabo. Cierto que el Estado no se derrumbó, pero igual ha pasado en otras revoluciones. Sin ir más lejos, en la española. La característica principal de una revolución es por un lado, la interrupción suficiente del orden económico y social junto con la incapacidad de respuesta por parte del poder político, y por el otro, el vuelco de la conducta provocado por la irrupción de nuevas ideas sobre el trabajo y la vida, junto con un número apreciable de innovaciones radicales que las ponen en práctica. Eso ocurrió realmente. Pero si acaso, la prueba definitiva la aportaban los improbables esfuerzos de los estalinistas para vencer al movimiento de las ocupaciones, papel que históricamente corresponde a la vanguardia de la contrarrevolución. El hecho de que éstos se le pusieran enfrente desde el primer día, demuestra más que ninguna otra cosa que se trataba de una revolución.

Quedaban nuevas cuestiones por tratar, que los situacionistas, encerrados en sí mismos, no llegaron a plantearse. En primer lugar, el porqué del imperio de la normalidad a pesar de las algaradas esporádicas, cada vez menos numerosas, y el porqué de la estabilidad sobrada del muro de contención burocrático a pesar de la erosión evidente del estalinismo. ¿Por qué la teoría situacionista, ya bien conocida, no se convertía en fuerza suficientemente práctica? O dicho de otro modo, ¿por qué el proletariado no hacía manifiestamente suya la crítica de la sociedad moderna? ¿Dónde estaban las asambleas soberanas de base y las organizaciones consejistas? Luego se hablaría del “reflujo” de Mayo, de vuelta atrás. Contrariamente a lo afirmado, la modernización del capitalismo y la proletarianización general de la población que conllevaba no produjeron nuevas fuerzas negadoras, más extensas e intransigentes. La denostada sociedad del espectáculo y del consumo sometía a su antagonista con la manipulación de los deseos y la satisfacción de falsas necesidades. Los pensadores mercenarios acababan el trabajo. En resumen, la sociedad de la abundancia de mercancías fue capaz

de desactivar las amenazas que despertó su advenimiento impidiendo que sus contradicciones la perjudicaran en lo esencial. La escisión entre la condición asalariada y el espíritu de clase devino insuperable. La misma fatalidad arrastró a la “contracultura” americana, a la revolución “de los claveles” portuguesa, al movimiento asambleario español, a la autonomía italiana, y a la “Solidaridad” polaca. Al igual de las demás revueltas, Mayo del 68 era irreplicable. Quienes depositaban sus esperanzas en el retorno quedarían defraudados. La historia no se repite. Las tareas que quedaban por hacer para que la cuestión social emergiese de nuevo, eran de una magnitud bastante superior a las que había desempeñado con tanta efectividad la última de las Internacionales, la Internacional Situacionista. Pero ningún colectivo público o secreto capaz de hacerse cargo de ellas pudo formarse.

LOS ARCHIPIÉLAGOS DE LA FALSIFICACIÓN, EL ANARQUISMO ESPECTÁCULO Y MAYO DEL 68

Texto elaborado al azar en diversas charlas de presentación del libro *Los situacionistas y la anarquía*, habidas entre mayo y junio de 2008 en la librería restaurante Anònims, de Granollers; en Radio Bronka; en el Gaztetxe de Loiola, en Donosti; en el Centre d'estudis llibertaris Francesc Sàbat, de Terrassa; y en el CSO La Retaguardia, de Gràcia (Barcelona).

“Si esto se mira con intención buena,
en las Cortes de Soria nuestros reyes
con mantillas de grana distinguieron
a las putas, y así las permitieron”.

Nicolás Fernández de Moratín, Arte de las Putas

«¡Abajo la anarquía espectacular mercantilizada!» Tal era el lema de unos carteles y hojas que protestaban por el negocio editorial montado a costa del anarquismo tras el interés hacia el tema despertado por la revuelta de mayo de 1968. Aunque con un aceptable arsenal de armas críticas y tácticas subversivas, transcurrido el momento revolucionario, la emancipación de los trabajadores seguía trabada por las organiza-

ciones burocráticas que operaban en su nombre, bien a las órdenes de un Estado totalitario como la Unión Soviética, bien al servicio de la burguesía gestora en los países de capitalismo avanzado. La sociedad del espectáculo defendía su dominio mediante la falsificación general de todos los aspectos de la vida, precisamente aquello contra lo cual se habían alzado los insurrectos de mayo. En lo que concierne a las burocracias parasitarias, incluidas las libertarias, su labor consistía en la falsificación de las teorías y la historia de las crisis revolucionarias. Las aguas de mayo habían concedido a la vieja acracia las apariencias de una segunda juventud e incluso habían propiciado la aparición de un anarquismo a la carta, que ofrecía todas las variantes posibles entre el narcisismo individualista, la estética contracultural y el izquierdismo específico. En tanto que conformismo de nuevo cuño, ese anarquismo inutilizado formaba parte del espectáculo, o dicho de otra manera, “estaba de moda”. Y por consiguiente, tal anarquía no era otra cosa que ideología de consumo, ideas desvalorizadas al servicio de la mercantilización.

Lo que no mata, engorda. El capitalismo sobrevivió a las crisis de los sesenta y se dispuso a dar enormes saltos hacia delante que entrañaban una obra de recuperación ideológica considerable, futura causa de una ingente literatura y de la prosperidad de las casas editoras. El trabajo recuperador de los asalariados de la cultura tenía que apuntar menos al mantenimiento de falsas ilusiones revolucionarias, que a la denuncia del retorno del proletariado revolucionario en tanto que ilusión. Por tanto, no tenían que vender a la clase obrera en reflujos fantasías de poder y de liberación, sino sueños libidinales y hedonismo consumidor. De ahí que a la dispersión de la revuelta siguiera una liberación de costumbres encabezada por las clases victoriosas, que para el mercado realmente significó una renovación. Veinte años después todos los medios de comunicación proclamaban que lo que muchos consideraban todavía la única huelga general salvaje de la historia no fue sino una maniobra dura de la modernización capitalista, y que su gusto por el jolgorio comunitario, su deseo de expresarse libremente o su rechazo del trabajo y de las ideologías, eran algo así como un prólogo agitado y lúdico del neoliberalismo. La labor recuperadora

había allanado el terreno a la mercancía de forma que ésta abarcase cómodamente la totalidad social, elaborando un lenguaje con palabras arrebatadas al enemigo. Alcanzado ese nivel cualquier eslógan revolucionario del pasado sonaba a mensaje trivial de lo existente; así por ejemplo, el «prohibido prohibir» servía como lema publicitario de una vulgar exposición fotográfica, y la multinacional Acciona diría eso de «Seamos realistas. Pidamos lo imposible» para dar a conocer el ecofascismo del mañana en su pabellón de la Expo de Zaragoza.

La naturaleza profunda de las crisis de los años sesenta y setenta, las del fordismo y la abundancia mercantil, determinó que la vuelta al orden no se quedara en una mera restauración garantizada por la fuerza pública, sino que conllevara cambios radicales en las formas y procedimientos de gestión social, donde los contingentes de desertores y arrepentidos jugarían su papel. El caso español fue similar, aunque debido al peso de la moral católica dominante bajo el franquismo, la subversión de conductas se presentara más que en ninguna otra parte como moda libertaria, dando pie a un espectáculo específico sostenido justo el tiempo que emplearon la clase media urbana y los retoños de la burguesía posfranquista en renovar su moral, o como dijo José Ribas, personaje que dirigió la revista recuperadora por excelencia, *Ajoblanco*, en lograr su “libertad”. La influencia del mayo francés nunca fue excesiva puesto que el filtro policial y la moral catoestalinista la mantuvieron a raya; quien más lo tomó en serio fue el régimen franquista que decretó un estado de excepción tras el asalto de los estudiantes al rectorado de Barcelona y puso en pie un servicio de información centrado en la universidad (el SECED). Además, el proceso de radicalización obrera se detuvo en 1976, con lo que la subjetividad se desarrolló aislada en la vida cotidiana, entre sexo, porros y música rock, separada del terreno de la autogestión, el asambleismo y los consejos obreros. La necesidad de distinguirse individualmente y, al mismo tiempo, de resguardarse mediante la identificación cutre con la clase que “marcaba tendencia”, condujo a los jóvenes burgueses desclasados hacia el medio libertario, en particular a la CNT, pero dado que sus convicciones no eran muy sólidas, la fugacidad de los ideales se manifestó con mucha rapidez

y la frivolidad de la moda “canalla” ganó la batalla al compromiso. Los caminos fáciles de la radicalidad del vivir acabaron en prosaicos despachos administrativos, cuando no encharcados en alcohol, o en el lavabo, con las jeringuillas (pongamos que hablo de cualquier parte), o en las ergástulas, con la lucha armada. A lo sumo hoy los dirigentes de medio pelo aluden al 68 para indignarse ante la sugerencia de que las decisiones se tomen en asamblea. Los asalariados ibéricos de la cultura, principalmente estalinoides, nunca se emplearon demasiado a fondo contra la revuelta de Mayo, pintándola como algarada estudiantil y repitiendo los tópicos de sus colegas franceses, siguiendo una línea trazada que llega hasta la televisión, la guitarra de Raimon y *Le Monde Diplomatique*. Hemos tenido que esperar cuarenta años para asistir a una ambiciosa tentativa de recuperación autóctona en forma de “conmemoración cultural” que se pretende “intervención política”, llevada a cabo desde distintas universidades con la ayuda de varias momias prostituidas, pasando por el Museo Reina Sofía, el Ministerio de Cultura, la Fundación Tàpies, la revista *Archipiélago* y la editorial Acuarela.

El objetivo confesado no es en absoluto una defensa de Mayo en sus aspectos más verídicos, a saber, el anticapitalismo, la crítica de la burocracia y de la política, el rechazo frontal de las instituciones, la apuesta por la revolución social, etc., y no podía serlo siendo quienes son los autores de la operación y los lugares en donde ésta se efectúa. Más bien se trata de un show dirigido a un público concreto, el que aspira a labrarse una carrera en el mundo de la industria cultural y del espectáculo artístico, el que quiere hacerse un nombre en la modernización del sistema dominante. Estos cretinos modernos afirman que “sólo el presente puede abrir el pasado”, pero eso suena más al *big brother* de 1984 que a Walter Benjamin, pues tal afirmación en boca de recuperador quiere decir sólo que la manipulación del presente facilita la del pasado. Y a su turno, el “pasado”, por ejemplo, Mayo del 68, ha de ser alterado (o “reconstruido”) para que no impida la contemplación del presente con ojos aprobadores. El pasado es algo así como un desván de trastos y ropa vieja donde encontrar material “para una intervención política presente” ¿cuál? A estas alturas ha-

bíamos de adivinar que nuestros payasos del pensamiento sumiso se refieren a los “movimientos sociales”, las seudomovidas ciudadanistas que reclaman la vuelta al Estado “de bienestar”, la renta básica y la reafirmación del escenario socialdemócrata por vías paralelas, donde realizar “una praxis del antagonismo que no se limite a la negación”, es decir, una actividad colaboradora que neutralice cualquier conflicto presente. Efectivamente, el trabajo de los burócratas es distinto “cuando ya no se trata de dirigir, representar o adoctrinar”, sino de amontonar y distraer. La pérdida actual de credibilidad institucional abre perspectivas a un tercer sector de la recuperación, aquél que ha de intervenir en luchas reales o ficticias cuando “el concepto de vanguardia” es cuestionado y las organizaciones políticas, sindicales y “sociales” están desacreditadas; cuando no quedan modelos aptos que ofrecer ni recetas infalibles, sin un horizonte revolucionario que oscurecer ni un sujeto proletario que manejar. Como han demostrado los alterglobalizadores, la banalización de la protesta no puede realizarse ya desde los partidos, las asociaciones o las ONGs; ha de ser “rigurosamente situacional” y andar fuera de las estructuras del poder, allí donde los montajes ocasionales puedan sin querer crear espacios en que ni sus reglas sirvan ni las subvenciones funcionen. La participación electoral y el compromiso con lo existente han de lograrse con métodos de diversión, entretenimiento y “diálogo transversal”, es decir, multiconferencias, dramatizaciones y tecnofiestas.

La tercera vía de la recuperación que llamaremos de ahora en adelante “acuarelisto”, propone volver tan ininteligible el presente como el pasado, para así poder manipular ambos. Por una parte, ha de sabotear la experiencia en cuanto al presente, manteniéndola en el aire, sin objeto real; por la otra, ha de “reinventar” cualquier suceso revolucionario. ¿Cómo? Sacándolo de su contexto social y político y saqueando su bagaje radical para que, ya sin contenido verdadero, adorne tranquilamente las movilizaciones de pega y las farsas seudocontestatarias. Lo que interesa a los acuarelistas no es el lado negativo de las revoluciones, que al contrario detestan, sino sus posibilidades estéticas bien limpias de radicalismos sociales, que les fascinan. Y claro está, Mayo del 68 es una mina, pero no sólo accesible

al acuarelismo: igualmente podíamos espetarle que la humanidad no será feliz hasta que el último de los estetas cuelgue de las tripas del último capitalista. O el *detournement* de Picabia: si lees *Archipiélago* en voz alta os dolerá la boca (¡es verdad! yo mismo lo he comprobado). Efectivamente, Archiacuarela es a Mayo lo que Disneylandia a la fantasía, y visto lo conseguido hasta ahora, la recuperación acuarelista no se distinguiría de las precedentes, pues en último extremo no sería otra cosa que un intento de convertir en mercancía de importación los combates históricos del 68, para ofrecerla como capital cultural al poder, y al mismo tiempo venderla como espectáculo de la revolución *light* a un puñado de consumidores. La novedad residiría en la oportunidad estructural de tal tráfico, pues en la actualidad la cultura mercantilizada cobra una importancia considerable en la transformación urbana de las metrópolis y la evolución de su economía. No estaríamos simplemente ante un latrocinio sociocultural aspirando a escenificar imaginativamente la vieja política en el terreno de la globalización capitalista; se trataría de un asunto que apunta más lejos. La recuperación trabaja para la fusión de la cultura de masas y el Estado, pero desde la perspectiva del mercado mundial, no hay Estado ni cultura, sólo economía. Entonces, el acuarelismo, al acumular su brizna de capital inmaterial, aportaría su modesto grano de arena a la mundialización. En concreto, repetimos, su función consistiría en dar a un público universitario arribista el sueño de una existencia culta, puesta al día, de forma que se encuentre a gusto con la alienación y transmita esa sensación a la “multitud”, que es la que a fin de cuentas ha de consumir para que la moda dé dividendos. Que haga bien sus deberes y contribuya con su hipocresía superlativa a la prolongación de la prehistoria de la humanidad es lo de menos. La moral del asunto es ésta: la historia pertenece a quienes saben apropiársela, bien para continuarla buscando pelea, bien para rentabilizarla buscando compradores. Que sirva mejor a unos que a otros dependerá de quienes sepan en su ámbito respectivo ser más crueles.

NOTAS PARA «LA INTERNACIONAL SITUACIONISTA: EL ARTE DE LA INTERVENCIÓN HISTÓRICA»

Charlas en el CSO Eko de Carabanchel, Madrid, el 23 de enero, y en el CSOA El Retal, Murcia, el 1 de mayo de 2012.

Decimos “arte” en lugar de “teoría” al referirnos a la intervención en la Historia porque creemos que se trata más de un oficio o saber aprendido, de una habilidad para la aplicación racional y subversiva de ideas, que de un sistema conceptual con el que interpretar la realidad para ofrecerla a la conciencia. En griego, “theoros” es el espectador y los situacionistas rehusaron siempre a calificar de teoría su trabajo crítico. Para Debord tenía más que ver con una forma particular de arte, el arte de la guerra. ¿Cómo se aprende ese arte? De entrada, visitando sus escenarios. Michelle Bernstein respondió con humor a esa pregunta. En su novela *Todos los caballeros del rey* figura el siguiente diálogo:

«—¿A qué te dedicas exactamente?

—A la reificación.

— Ya veo, un trabajo muy serio, con gruesos libros y una mesa llena de papeles. No. Me paseo. Principalmente me paseo».

Se ha dicho de la IS que fue “la más política de las vanguardias artísticas y la más artística de las vanguardias políticas”. Nuestra charla tratará de explicar eso exhaustivamente. Fue bien una vanguardia, un grupo reducido de gente, principalmente artistas, personas que hacían de su vida arte, marchando al paso de la realidad, pero una zancada por delante. Anunciando su tiempo, el tiempo. Al menos desde el movimiento romántico podemos afirmar que las crisis culturales adelantan a las crisis sociales y son el mejor indicador de su advenimiento. Con ello no solamente aludimos al dadaísmo, preludio cultural de la revolución rusa, sino a la generación “beat” de Kerouac, Burroughs y Trocchi, principio de la revuelta americana de los sesenta. Y por supuesto, a la propia IS, íntimamente relacionada con el Mayo del 68 y la revolución moderna. La vanguardia fue el mejor instrumento para intervenir en las crisis y la cultura —que incluye el arte— era su terreno más apropiado de acción. Eran la forma organizativa que revestía el combate contra la cultura burguesa en descomposición. La principal tarea de la vanguardia consistía en hacer tabla rasa con el pasado constituyendo el momento destructivo del presente. La crítica de los valores dominantes tanto artísticos como éticos y sociales tenía lugar primero como revolución cultural, en su primera fase desvalorizadora y negadora. Las intenciones vanguardistas se plasmaban en manifiestos más que en obras. Sus obras no cobraban sentido sino como manifiestos y la manera de darlas a conocer estaba indisolublemente ligada a ellos. La IS iba más lejos, pues negaba la existencia de un arte situacionista, autorizando sólo un uso situacionista del arte. La desviación literaria o artística era el mayor crimen, sancionado con la expulsión. Los tratos con la cultura oficial entraban en contradicción flagrante con el mensaje de la vanguardia, revocando su ejemplaridad y minando su razón de ser. La exclusión era un mandato de la coherencia. Una exigencia puesta en práctica por primera vez por el Movimiento Surrealista. No se concebían las manifestaciones vanguardistas —incluidas las expulsiones— sino como ruptura radical y pública, o sea, como escándalo. El escándalo rompía eficazmente el cerco de silencio con el que el orden se protegía, ocupando en tanto que mecanismo contrapublicitario el centro

del saber subversivo objeto de nuestra charla. Mediante el escándalo se compensaba la desproporción de fuerzas, de modo que un grupo exiguo podía, gracias a él, contrarrestar la mole cultural con éxito.

Con escándalo se presentó Isidore Isou, fundador del Movimiento Lettrista, en el Festival de cine de Cannes en 1951 con su *Tratado de Baba y Eternidad* debajo del brazo. La cinta había sido fabricada mediante la unión azarosa de deshechos cinematográficos, voluntariamente rayados y acompañados de un audio provocador. Las demostraciones lettristas buscaban el conflicto. Lo que escondían sus metagrafías, sus decollages, sus salpicaduras, su poesía de letras en lugar de palabras, sus películas como *El Anticoncepto*, de Gil J. Wolman, o *Gritos a favor de Sade*, de Debord, sin imágenes, con espacios en blanco y en negro, no era la aparición de un nuevo arte, sino la demolición del antiguo. Nos evocan anteriores obras dadaístas como el orinal que Duchamp llamó *Fuente*, la poesía fonética de Schwitters, o el film de Picabia titulado irónicamente *Entreacto*. Según la vanguardia lettrista todo periodo de crisis tiene una fase destructiva, desvalorizadora de la producción artística, descendente, y una fase constructora, creadora de nuevos valores, ascendente. La destrucción se efectuaba a través de una inflación metódica de la producción de obras. De ahí el experimentalismo frenético que marca la época —pensamos no sólo en los lettristas, sino también en Asger Jorn, Cage, Saura, Pollock, Resnais, Rexroth, el grupo Cobra, y tantos otros—, ante cuya recuperación por un nuevo oficialismo se levantó la izquierda lettrista. Constituida en Internacional, creía que el momento “ascendente” todavía no estaba por darse puesto que la revolución social no había ocurrido, propugnando lisa y llanamente la abolición del arte. Seguir la tarea de la subversión de valores, construyendo mediante el uso “desviado” de elementos estéticos situaciones que disolvieran los comportamientos burgueses, ambientes nuevos propicios al juego y la deriva que impidieran una marcha atrás hacia la conducta conformista. De ahí vino el adjetivo “situacionista”. Situacionista es aquél que construye situaciones.

En 1957, la IL celebró un congreso en una pequeña ciudad italiana de Coscio d'Arroscia al que asistieron otros vanguardistas, agrupados

casi todos en una Bauhaus Imaginista, especie de centro que defendía un uso unitario de las artes y luchaba contra la racionalización instrumental del vivir implicada en el funcionalismo y el diseño industrial “de vanguardia”. Los reunidos decidieron fundar una nueva Internacional, la IS. Debord redactó un folleto que sirviera de base a la formación, *Informe sobre la construcción de situaciones*, y se marcarán distancias con la vanguardia rival, el movimiento surrealista, criticando sobre todo sus incursiones en lo irracional y su fe en la obra artística. Más tarde resumiría su crítica en una lapidaria frase: «el surrealismo quiso realizar el arte sin suprimirlo». Los situacionistas en principio creían en el arte concebido integralmente y como juego colectivo, pero no en la obra de arte. Su concepto de la situación construida coincidía con el de “momento” expresado por Lefebvre —«intento de alcanzar la realización total de una posibilidad»— y fueron muchas las afinidades con su crítica de la vida cotidiana. La vida cotidiana, sometida a esa forma moderna de capitalismo que ellos llamaban “espectáculo”, acababa el proceso de proletarización de los asalariados comenzado en los talleres y las fábricas. Podía ser el punto de arranque de una lucha de clases más auténtica, menos limitada por constricciones económicas puesto que se inscribía en el rechazo del trabajo. El marco físico donde discurría estaba condicionado por un urbanismo represor, que estaba siendo conscientemente diseñado para aislar a los individuos, mecanizarlos y convertirlos en trabajadores consumidores. El espacio que el nuevo urbanismo racionalista concebía anulaba cualquier posibilidad de juego y encuentro, por lo que los situacionistas trataron de formular una crítica de la alienación espacial en la teoría del Urbanismo Unitario, de resonancias fourieristas. La defensa contra la tentación de la obra de arte causó las primeras expulsiones. El contacto con el grupo Socialismo o Barbarie, de Castoriadis, por parte de Frankin y Debord, puso sobre el tapete la unificación de la crítica social y la de la vida cotidiana, arrinconando aún más a quienes, por mantener la separación, reproducían inclinaciones artísticas. La voluntad de realizar el arte sin suprimirlo había llevado a muchos pseudovanguardistas a complacerse indefinidamente en el proceso de disolución, atacando a cada elemento por separado, sea la forma, sea el

color, sea la materia, sea el embalaje. El proceso, a fuerza de repetirse, acababa por entrar en el repertorio de los críticos, convirtiéndose así en un negocio rentable. La IS opinaba como Hegel, que el arte había muerto como medio mediante el cual comunicar la verdad de este mundo, que era «insuficiente ya en la gran marcha histórica hacia la autoconciencia», ahora misión de una superior conciencia crítico-social. La búsqueda de una crítica unitaria de la sociedad de clases urgía a liquidar definitivamente la fase artística, apartando a los artistas que habían sobrevivido a las rupturas.

Entre 1962 y 1967 la IS, reforzada con nuevas adhesiones —Vaneigem, Kotanyi, Viénet, Khayati— desarrollaría la crítica más completa y coherente de su tiempo, el único pensamiento subversivo capaz de intuir y adelantarse a los acontecimientos; el pensamiento revolucionario de una nueva época de la lucha social. Sus pilares había que buscarlos en el método de Hegel y Marx, la abolición del arte, la crítica del espectáculo y la teoría de los Consejos Obreros. Todo lo bueno de anteriores ideologías críticas de lo existente —la negación del Estado y la reivindicación radical de la subjetividad en los anarquistas, la democracia consejista en los comunistas de izquierda, el recurso al juego y a lo maravilloso cotidiano en los surrealistas, etc.— encontraba su sitio en la crítica situacionista, articulándose en ella de modo coherente. Pero la forma organizacional adoptada —y plasmada en la *Definición mínima de organización revolucionaria*— la de vanguardia revolucionaria separada, fruto de un insuficiente desarrollo político y cultural del proletariado, planteaba como urgente el problema de la comunicación de la crítica. La IS supo mostrarse tremendamente eficaz con los poquísimos medios que tuvo a su alcance y con los escasos aliados que encontró por el camino. En 1966 y 1967 se produjo una rara abundancia de publicaciones que completaban su tarea y, sin que nadie se lo esperara, ni en el poder ni en la calle, constituían el prefacio más adecuado de la revuelta de Mayo del 68. Fue el año de algunos escritos esenciales que conmocionaron al mundo, como *El declive y caída de la economía espectacular de mercado*, *Los puntos de explosión de la ideología en China*, *De la miseria en el medio estudiantil*; de los números 10 y 11 de la revista IS; del *Tratado del Saber Vivir* y

de *La Sociedad del Espectáculo*. El proletariado —«aquél que no tiene ningún poder sobre su vida y lo sabe»— no se manifestaba a través de los estudiantes o de los sindicatos, sino en las huelgas salvajes obreras y en la protesta juvenil de quienes a cambio de no morir de hambre, morían de aburrimiento; en luchas como las protagonizadas por el movimiento antiatómico británico o por los provos holandeses; en los conflictos de los mineros asturianos y de los obreros autogestionarios argelinos; en la insurrección de los guetos negros americanos o en las broncas del Zengakuren japonés...

La crítica situacionista no penetró demasiado en los medios obreros, pero la lucha obrera se volvía más situacionista cada día que pasaba. Si la conciencia histórica no avanzaba con suficiente rapidez hacia el proletariado, en cambio sí parecía marchar el proletariado hacia la conciencia histórica. Mayo del 68 significó la confluencia de ambos movimientos. El conflicto estudiantil en que la IS buscó el punto de apoyo de su intervención histórica fue la chispa que puso en acción a diez millones de trabajadores. La mayor huelga salvaje de la historia puso en jaque al poder político, y durante algo más de una semana fue posible derrocarlo, pero la clase obrera no se atrevió a dar el paso y convertir las ocupaciones de fábricas en consejos obreros. Los acuerdos de Grenelle entre el gobierno francés y los sindicatos permitieron que el viejo mundo pasara al contraataque. Se produjo un fenómeno típico de una sociedad de masas: las ideas revolucionarias conocieron un auge extraordinario, pero no como arma subversiva sino como objeto de contemplación y consumo. La mayoría de quienes las enarbolaron no lo hacían para cambiar el mundo sino para estar en la onda: ¡la revolución se había puesto de moda! La crítica teórico-práctica de un periodo determinado de la lucha de clases se transmutaba en ideología perenne, en situacionismo. Los situacionistas, a pesar de ellos mismos, tuvieron multitud de seguidores a los que llamaron “prositus”, pero no entre los revolucionarios sinceros, siempre pocos, sino entre la masa desclasada que el crecimiento económico producía sin cesar, y que abastecía al poder de personal subalterno. Sus libros se vendían a puñados y su contenido era tomado por una revelación. La crítica “situ” explicaba su tiempo mejor que ninguna otra, pero

no había previsto que las fuerzas sociales del capital la usaran para comprenderlo, afianzando su orden en proceso de cambio. ¡No había calculado que el orden establecido, en el fragor del combate, también se hiciese situacionista!

A partir de 1970 la IS entra en un periodo de parálisis y decadencia que un “debate de orientación” no puede conjurar. En 1972 Debord y Sanguinetti firmaban oficialmente su disolución. Se ha dado todo tipo de explicaciones del caso: que falló la relación entre Debord y Vaneigem, sus dos grandes teóricos; que la selección de nuevos adherentes no fue la apropiada; que se había agotado el tiempo de las vanguardias; que la cuestión social en tiempos de guerra de clases ya no se planteaba como teoría de la revolución sino como estrategia de guerra... Debord pareció creerlo así cuando a propósito de la Revolución de los Claveles en Portugal dijo que había que leer a Clausewitz antes que a Marx. No andaba del todo errado, pero tampoco eso era completamente cierto. Puede que se agotara el tiempo de la IS pero no el de los situacionistas. El proletariado protagonizó varios sobresaltos en diversos países —Portugal, Italia, España, Polonia— pero quedó estancado. El movimiento antinuclear empezaba a despuntar, poniendo en el tapete nuevas cuestiones sobre la degradación de la vida en el planeta ya intuitidas en las *Tesis sobre la IS y su tiempo*. Y la sociedad capitalista, tras décadas de expansión económica, empezaba a reestructurarse para dar hacia delante el salto cualitativo que su enemigo histórico, el proletariado, no se decidía a dar.

La clase dirigente supo servirse de la herencia cultural que la clase obrera no aprovechaba, cambiando su lenguaje, sus valores, sus tradiciones y sus criterios morales en pro de una nueva época de dominio. En un proceso de recuperación sin precedentes, sus mercenarios intelectuales entraron a saco en las aportaciones situacionistas. Los recuperadores tenían algo en común con la IS, y es que también combatían contra la estética desfasada y la moral calvinista de la burguesía tradicional, evidentemente, no a favor de una revolución, sino en pro de un capitalismo renovado y posmoderno. La recuperación rompía con el pasado y liquidaba la tradición cultural del capitalismo nacional porque se habían vuelto obstáculos para el crecimiento económico. Cortaba el cordón umbilical que unía la clase dominante

con la sexualidad reprimida y el estatismo burgués porque la acumulación de capitales necesitaba superarlos. La desregulación de los mercados nacionales transcurría también en el terreno de las ideas, y por desgracia, la “french theory” de los años setenta —los Foucault, Guattari, Lyotard, Deleuze, Derrida, Baudrillard, Negri, Lipovetsky— aparecía en el momento justo, como contrapunto reaccionario de la crítica situacionista y elemento de amalgama neutralizador de primera magnitud. Mayo del 68 se reinterpretaba como cambio de paradigma cultural, renovación ideológica, “revolución” en las costumbres, incluso como fin de la Modernidad y de la Historia. Los logros alcanzados en la libertad personal no eran más que el pálido reflejo de la libertad de mercado. La frase rubricada por Debord y su colega italiano, «que la época se aterrorice a sí misma admirándose por lo que ella es», cobraba plenamente sentido diez años después de haber sido escrita.

A los revolucionarios les quedaba mucho por decir después de Mayo, y lo que entonces podía tomarse por perfección de la teoría, no era en cambio más que retroceso del sujeto histórico. La contrarrevolución sigue los mismos caminos que la revolución, pero como enemiga de ella. La recuperación fue durante mucho tiempo su principal arma. Es tanta la basura acumulada y la confusión sembrada, que no resulta fácil aproximarse a las revueltas de los sesenta y setenta con objetividad, y menos, restituir las con veracidad. Solamente un nuevo movimiento revolucionario sería capaz de hacerlo. Sin embargo, la herencia de la IS todavía quema, pues son bastantes quienes las continúan descontextualizando, vaciando, fragmentando y transplantando para uso de las nuevas generaciones de dirigentes. Eran ideas de guerra, con carga explosiva que siempre es necesario desactivar si se las quiere utilizar como factor de innovación del poder. Su uso en tanto que reserva ideológica de la dominación de clase obliga a tomar precauciones: lo que nació en la barricada no se aviene con facilidad a descansar en los anaqueles del museo ni a dejarse destripar en la mesa de disección. Siempre existe el riesgo de que, como a un niño perdido, sus verdaderos herederos la encuentren. Las ideas situacionistas son un arma peligrosa en manos incontroladas: las carga el diablo.

ÍNDICE

<i>Los revolucionarios situacionistas</i>	..→ 7
<i>Los situacionistas y la anarquía</i>	..→ 15
<i>Los situacionistas y mayo del 68</i>	..→ 211
<i>Los archipiélagos de la falsificación, el anarquismo espectáculo y Mayo del 68</i>	..→ 225
<i>Los situacionistas y Mayo del 68</i>	..→ 231

*Este libro ha sido finalizado
en talleres propios
durante julio de 2019
en Rosario, Argentina*

